

monos con la esperanza cristiana sobre todos los objetos criados y perecederos; y para nuestra felicidad, aun para la presente, no pensemos sino en la felicidad eterna, que os deseo á todos.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Para animarnos á conseguir la bienaventuranza ó felicidad del cielo, 1.º Compáranse los bienes del mundo con los bienes del cielo: 2.º Propónganse los medios para alcanzarlo.

I. Para disipar el funesto encanto, que nos hace amar los bienes de este mundo, hágase un paralelo de los bienes de la tierra con los del cielo: aquéllos son bienes vacíos, éstos son bienes sólidos: aquéllos son limitados, éstos son inmensos: aquéllos duran poco, éstos son eternos.

II. Para alcanzar la bienaventuranza, es necesario triunfar de las tentaciones del mundo, de las pasiones del corazón, y de las cruces de la vida. El verdadero deseo del cielo triunfa de todas las tentaciones del mundo, oponiendo á ellas un motivo superior capaz de someterlas: de las pasiones del corazón, substituyéndolas con otras mas nobles y santas: y nos hace sobrellevar las cruces de la vida, aliviándolas con la idea de los deleites con que serán premiadas.

II.

A fin de que los fieles trabajen de continuo para alcanzar la bienaventuranza, se puede demostrar: 1.º los privilegios anejos á la posesion del cielo: 2.º lo que han de practicar los fieles para participar de ellos.

I. El cielo es la habitacion de los santos; no penetra allí el pecado, ni la pena que el pecado merece. El pecado, por sí, es un gran mal; y, por lo mismo, es un gran bien que no penetre el pecado en el cielo. El pecado es el origen de todos los otros males; luego, en el cielo, donde no puede penetrar el pecado, no se sufre mal alguno. El pecado limita la liberalidad de Dios; luego, si en el cielo no penetra el pecado, no tendrá allí límites la liberalidad del Criador.

II. Todos los cristianos esperan alcanzar la gloria del cielo; pero esta esperanza no siempre es fundada. Lo será cuando el cielo sea el objeto de todos nuestros pensamientos, el término de nuestros deseos, y el motivo de nuestros trabajos.

DIVISIONES.

BIENAVENTURANZA. — Nada más digno de ser amado que la bienaventuranza.

Nada ménos deseado que la bienaventuranza.

BIENAVENTURANZA. — La insensibilidad del cristiano tibio é indiferente, que no suspira por la bienaventuranza, es una insensibilidad la mas inexcusable.

La flojedad del cristiano tibio y perezoso á quien no merece la bienaventuranza sino deseos estériles, es una flojedad la mas culpable.

BIENAVENTURANZAS.

Videns Jesus turbas, ascendit in montem et accesserunt ad eum discipuli ejus.

Viendo Jesús el gentío, se subió á un monte, donde se le acercaron sus discipulos.

(*Matth. v, 1.*)

El deseo mas activo y esencial del hombre es el de ser dichoso. Este poderoso deseo está impreso en el fondo de nuestra naturaleza, se comunica á todas las acciones de nuestra vida, y nos sigue hasta el sepulcro. No caminamos sino á este fin: todo lo que obramos, lo obramos por él, y nada puede gustarnos que no convenga á nuestro bienestar. Pero ¿dónde está esta bienaventuranza, esta deidad, que todo el mundo busca, y nadie encuentra? ¿Estará acaso en la vida de los sentidos, en los objetos de la naturaleza, que tanto nos seducen y embelesan? No; ni las riquezas, ni los honores, ni la ciencia, ni la fama, ni el mundo, ni los placeres, ni los bienes del cuerpo, ni

cosa alguna de la tierra, puede satisfacer nuestros deseos de felicidad. Salomon se encuentra con un corazón vacío en medio de su grandeza; y el emperador Severo decía, que no era nada, habiéndolo sido todo. Solo la posesión de Dios dejará satisfechos nuestros deseos. Para ese entendimiento, que nunca comprende tanto que no pueda aun comprender más, es necesaria una primera verdad, la única verdad que le ilumine y le llene; y para esa voluntad que va buscando el bien, que es su propio objeto, es necesario un bien, el único bien que pueda satisfacerla. Esta verdad y este bien es Dios; y fuera de la posesión de Dios y de los caminos que á ella nos conducen, no hay para el hombre más que vanidad, tormento y aflicción de espíritu. Veamos, pues, cuáles son los caminos que nos conducen á la bienaventuranza, alcanzada la cual, nada nos quedará que temer ni desear. Jesucristo se dignó enseñarnos en la primera de sus instrucciones, que dejó sorprendido y admirado grandemente al auditorio, porque nunca había oído cosas tan sorprendentes. Meditémoslas atentamente; y para hacerlo con fruto, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

El Doctor de la nueva ley, sabiendo que todos deseamos nuestra felicidad, que este deseo es el alma de todas nuestras acciones, que todo lo que hacemos lo hacemos para ser dichosos, comienza la primera de sus instrucciones, hablándonos de la felicidad verdadera y de los caminos que á ella nos conducen, para mostrarnos, que su Evangelio es conforme á nuestros más amados intereses, que ha venido para procurarnos, y que toda la economía de su encarnación se dirige á este fin. Peligroso era engañarse sobre esto, y casi todos los hombres se habían engañado hasta entonces. ¡Qué densas tinieblas! ¡Qué lamentable desgracia! El hombre sentía que había nacido para ser dichoso, é ignoraba los medios de llegar á la felicidad. Jesucristo habla, y las tinieblas desaparecen. *Bienaventurados*, nos dice, *los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*. Este es el primer medio de merecer la felicidad, la pobreza de espíritu, esto es, de voluntad y corazón. Bienaventurados aquellos que, siendo pobres, no anhelan por las riquezas ni las conveniencias con dispendio de su alma, sino que están contentos con la pobreza por parecerse en ella á Jesucristo. Bienaventurados aquellos que, siendo ricos de bienes temporales por disposición del cielo, tienen el corazón despegado de las riquezas, de los empleos, de los honores, de las comodidades de la vida, y de todo lo que puede lesionar los sentidos. Estos son del reino de Dios, y de ellos es su rei-

no. ¡Máxima sublime! Ni las academias de Grecia, ni el saber de Roma, habían dado una lección tan originalmente divina. Pero ¡cuán pocos son los que se aprovechan de ella! ¿En dónde se halla este despojo general de todo amor á las cosas de la tierra? Vemos, que los pobres son los más ricos en deseos; ninguno sufre la miseria con paciencia y resignación. Si otros son ricos y abundantes de bienes, son más bien poseídos que poseedores. Pocos hay que los busquen sin pasión, que los posean sin afecto, y que los pierdan sin pesar. ¡Pobre género humano! ¡Qué ciego y descaminado procede en el plan de su felicidad! Suspira siempre por ella, y no sabe quitar el principal estorbo que hay para conseguirla. Jesucristo, señor de la tierra, que oculta en sus profundidades tesoros; señor del mar, en cuyo fondo diariamente sucumben inmensas riquezas; señor de los montes y de los valles; árbitro de los imperios, y soberano principio de quien todo recibe vida; Jesucristo, digo, siendo tan rico, nació pobre, vivió pobre, y murió pobre, para hacernos amable la pobreza. Amémosla, pues; seamos pobres de espíritu, y nuestra vida será tranquila; porque no nos atormentarán los deseos de elevación, que mortifican el espíritu del rico; ni los proyectos de vanidad, que le hacen tan amarga la vida; ni el goce de los placeres, que secan tantas existencias; ni las pasiones, tan excitadas y enardecidas en el corazón de los poderosos. Amémosla; ella hará dulce nuestra muerte, porque no crea lazos en la tierra. Amémosla, en fin, porque ella nos facilitará la consecución de las demás bienaventuranzas, pues al que ama la pobreza le es fácil el ser manso, humilde y modesto; llora fácilmente sus culpas; sacrifícase gustoso por la justicia; tiene sin dificultad compasión de la miseria ajena; hállase con limpieza de corazón, y, sin repugnancia, conserva en medio de las turbulencias de este mundo una tranquilidad y paz grande en su ánimo.

El segundo medio de alcanzar la bienaventuranza es la mansedumbre. *Bienaventurados los mansos*, dice el Salvador, *porque ellos poseerán la tierra*. Los que reprimen cuidadosamente los primeros sentimientos de la cólera, y nada hacen en su primer movimiento; los que son afables con todos, usan de palabras blandas, evitan toda palabra injuriosa ó desabrida, y nunca se explican con voz desentonada ó con porfía que pueda causar turbación; los que léjos de vengar las injurias, ni de resistir al mal, procuran vencer el mal por el bien, sufriendo con serenidad, y hasta de buena gana, las afrentas y baldones por amor de Dios, excusando al que les injuria, y rogando por él; éstos verán satisfechos sus deseos de felicidad. De las miserias, á las cuales estamos expuestos en esta vida, la mayor es la incons-

tancia de nuestra voluntad, la inclinacion funesta á cometer el mal; la mala concupiscencia que hemos heredado de nuestros primeros padres, y la guerra continua que hay entre la carne y el espíritu. Tan presto es el espíritu de interés quien nos domina, ó el de la cólera quien nos excita. Tan presto es la orgullosa vanidad quien nos hincha, la oscura envidia quien nos pica, ó la ambicion quien nos devora. Tan presto es el vil deleite quien nos afemina, el temor servil quien nos abate. ¿Qué felicidad para nosotros ser libertados de este yugo! ¿Cuándo vendrá, Dios mio, este momento? ¿Cuándo tendré la felicidad de serviros en una plena libertad? ¿Cuándo será el dia en que yo os posea sin temor de perderos? El Evangelio nos lo advierte: este instante tan amable es aquel, en que nosotros mereceremos por nuestra dulzura entrar en el reino de los cielos, y poseer aquella dichosa tierra cuyos habitantes son inmortales. Allí acabará el reino de las pasiones, el foco del pecado será apagado, y la concupiscencia no hará sentir mas su terrible aguijon. Nuestra voluntad será afirmada en Dios, y no estará sujeta á estas vicisitudes, que la hacen pasar del bien al mal, y del mal al bien. Aborreceremos lo que Dios aborrece, y amaremos lo que Dios ama. Pero no es este el solo premio de la mansedumbre; ella nos hace experimentar sus saludables efectos en las condiciones mas comunes de la vida. En medio de la multitud de accidentes, que interior y exteriormente nos afligen, ella nos eleva hasta aquella pura y tranquila region de amor, donde reina una constante serenidad, y desde la cual se contemplan sin peligro ni inquietud las tempestades que rugen á nuestros piés. Lo que es con relacion al cuerpo un aire puro, un cielo sereno y un sol vivificante, es con respecto á nuestra alma la mansedumbre. La aspereza de carácter cubre de negras sombras nuestro espíritu, y lo envuelve todo en una triste oscuridad; á semejanza del agua turbia, que cambia y desfigura la imágen de los objetos que en ella se reflejan. Por el contrario, el carácter dulce y afable es cual manso y trasparente arroyuelo, á cuyo paso nacen las flores, y cuyas límpidas aguas reflejan los objetos en toda su verdad. Así que, el hombre manso es la delicia, el consuelo y el amor de los otros hombres; con su dulzura y amabilidad reconcilia los ánimos enemistados, ablanda los corazones duros, dobla los inflexibles, cura los dolientes, calma los irritados, aproxima los contrarios, y los arrastra en pos de sí á todos.

Bienaventurados, prosigue el Salvador, *los que lloran, porque ellos serán consolados*. Nos manifiesta, por estas palabras, que el tercer medio de conseguir la bienaventuranza es derramar lágrimas acá abajo, no sobre la pérdida de los bienes temporales, sino sobre nues-

tros pecados, sobre los desarreglos de nuestra juventud, sobre el temor de perder á Dios, sobre los desórdenes que reinan en el mundo, sobre el olvido en que vive la mayor parte de los hombres. ¿Lágrimas preciosas! vosotras proporcionareis los consuelos celestiales á los que os hayan vertido. ¿Poseer á Dios sin contingencia de perderle! ¿Estar en el seno de Dios, sin riesgo de apartarse jamás de él! ¿Gozar de Dios y de sus infinitas perfecciones, sin miedo alguno de su poder y de su justicia! ¿Qué dicha! ¿Qué felicidad! Pues esta dicha y felicidad será el premio de las lágrimas cristianas. Sin embargo, ¿en dónde corren esas lágrimas, que nos merezcan los consuelos celestiales? ¿Quién osará entre nosotros decir con David, que sus ojos han derramado torrentes de lágrimas, porque no han guardado la ley del Señor? Pero es cierto, que el que no llora como extranjero, no se regocijará como ciudadano. Lloremos, pues, hermanos míos. Este mundo, lo mismo para los buenos que para los malos, es un valle de lágrimas. En vano el hombre mundano pide á las flores de la tierra, como la abeja, el sustancioso jugo, con que presume poder labrar su dulce morada; en el cáliz de esas flores á que aplica sus labios, no encontrará mas que acibar y veneno. En vano, saltando de objeto en objeto, de diversion en diversion, de placer en placer, confía desterrar el tédio y la amargura; despues de un instante de desvanecimiento y de locura, su soñada alegría se convertirá en melancolía y tristeza. La sentencia fulminada por Dios sobre nuestros primeros padres delincuentes, se verifica siempre en nosotros, que no podemos librarnos de los multiplicados dolores que nos aquejan, ni de comer con angustia el poco fruto que á fuerza de sudores nos da la tierra. Ya que nos vemos precisados á derramar lágrimas, lloremos las injurias que hemos hecho á nuestro Criador. Lloremos, porque estamos inciertos de que nos hayan sido perdonados nuestros pecados. Lloremos, porque estamos en peligro de perder la felicidad eterna. Lloremos de lástima, de que la risa de los mundanos se convertirá en un perpétuo llanto. Lloremos, en fin, para que nuestras lágrimas nos acarreen la verdadera alegría. Las lágrimas que derramamos por nuestros pecados, ó por los ajenos, esparcen cierta suavidad en el fondo de nuestra alma, serenán las borrascas de la conciencia, apagan en el corazón el servil miedo de las penas del infierno, y son primicias del mayor gozo. ¿Felices lágrimas! exclamarán en el cielo los penitentes, que habrán llorado los desarreglos de su vida; vosotras haciais ya entónces las delicias de los ángeles. ¿Quién puede ponderar las que vosotras nos procurais en esta mansion dichosa?

Jesucristo llama *bienaventurados á los que tienen hambre y sed*

de justicia, porque ellos serán saciados. Esto nos advierte, que el cuarto medio para alcanzar la bienaventuranza es, para un pecador, suspirar por la gracia que ha perdido; para el justo, adelantar siempre en el camino de la perfeccion; y para todos, desear ardentemente la gracia santificante, el cumplimiento de la ley; pues todo esto significa la palabra *justicia*. Debemos desearla como un hombre que, estrechado del hambre y de la sed, desea el pan para saciarse y el agua para refrigerarse. ¿Estos dos sentimientos son tan vivos en nosotros? ¿Deseamos tan fuertemente amar á Dios, ser amados de él, hacer su voluntad, lograr su gracia, como conseguir el alimento corporal, cuando tenemos necesidad? No, por cierto; son muy pocos los que se comportan así; muy pocos los que cuidan de su salvacion con esmero. Despues de tantos años, que Dios nos llama y nos suministra los auxilios de la gracia, ¿no deberíamos ya haber reformado nuestra vida con arreglo á un plan de virtud y de santidad? ¿no deberíamos haber buscado y puesto por obra todos los medios de agradar al Señor? ¿no deberíamos haber producido á sus ojos toda suerte de frutos de buenas obras? Sin embargo, ningun progreso hemos hecho en la perfeccion de nuestra alma, porque nunca hemos tenido hambre y sed de justicia. ¡Ah! sacudamos de una vez la pereza é indiferencia que nos dominan; tiempo es ya de pasar del mal al bien, de lo bueno á lo mejor, de lo mejor á lo perfecto. No hay nada para nosotros más necesario que el progreso en la perfeccion, como lo prueban los muchos años que han transcurrido inútilmente desde que tenemos uso de razon, y que han dejado en pos de nosotros un vacío horroroso; las muchas gracias que se nos han otorgado, y que han resultado infructuosas por causa de nuestra negligencia; los muchos méritos que hemos dejado de adquirir, no obstante la inspiracion divina, que con suave violencia nos instaba á enriquecer con ellos nuestra alma; las numerosas ocasiones de hacer bien, que hemos desaprovechado, y los muchos ejemplos edificantes que hemos visto con indiferencia, cuando todo nos inducia á imitarlos. Trabajemos, pues, sin tregua, caminemos sin descanso hácia la perfeccion, que es el fin que Dios nos ha propuesto; tengamos hambre y sed de santidad, y quedaremos satisfechos en esta y en la otra vida. En la vida presente nos concederá el Señor continuos aumentos en la virtud y perfeccion, de que estaremos ansiosos, y, además, nos llenará de abundancia muy copiosa de merecimientos, con tal gusto interior, y delectaciones de espíritu tan admirables, que nos obligarán á exclamar con el real Profeta: «¿Qué cosa he de desear yo sobre la tierra fuera de ti, Dios mio! PSALM. LXXII, 25.»

Finalmente, nos dará perfecta hartura en la otra vida, reforzando nuestra inteligencia con una luz sobrenatural, para que pueda ver claramente á Dios, y, viéndole, le ame, le posea y participe de su misma felicidad.

Otro de los medios para alcanzar la bienaventuranza es la misericordia. *Bienaventurados los misericordiosos*, dice tambien el Salvador, *porque ellos alcanzarán misericordia.* ¿Y quiénes son éstos en el sentido de las divinas Escrituras? Son aquellos que, sintiendo la miseria ajena como si fuera propia, asisten liberalmente á los pobres y necesitados; los que instruyen caritativamente á los ignorantes ó que tienen necesidad de consejo; los que vuelan al socorro de todo género de necesidades corporales y espirituales, sin atender si el que en ellas se encuentra es amigo ó enemigo, propio ó extraño, y haciéndolo puramente por Dios, sin esperar de ellos retribucion alguna. Los que obran así, alcanzarán misericordia. Una de las cruces que mas atormentan á las almas justas en esta vida, es, saber que han pecado, é ignorar si han alcanzado el perdon de sus culpas. Sus reflexiones mas ordinarias son éstas: ¿Cuál es mi estado delante de Dios? ¿Soy digno de odio ó de amor? ¿Me ha concedido el Señor su misericordia, ó ha rehusado oír mis súplicas? ¿Qué seria de mí si muriese al presente? ¿Iria con los justos al cielo, ó seria arrojado con los réprobos al infierno? ¡Triste incertidumbre! ¿Quién pudiese sacarme de ella! Almas compasivas, que compartís las miserias de los afligidos, y, en cuanto podeis, las aliviáis; desterrad el temor, estad seguras de las misericordias del Altísimo. Teneis por fiador la promesa infalible de Jesucristo: *los misericordiosos alcanzarán misericordia.* Preseindiendo de las recompensas temporales con que Dios premia, aun en este mundo, la compasion hácia los desgraciados, estad seguros, de que en el dia mas crítico de vuestra vida, cuando estareis tendidos en el lecho del dolor y de la agonía, en aquel terrible trance en que los apóstoles necesitan apóstoles que los alienten; en que los mundanos ven apartarse de sí todos los objetos de su criminal apego: en que el altivo rico de corazon endurecido vé abiertos á sus piés los abismos del infierno; entónces el Señor se acercará á vosotros, desterrará de vuestro corazon todo sentimiento de terror, y os agregará á sus escogidos, para recompensar la compasion que hubiereis tenido de los desgraciados. Nada turbará, desde entónces, vuestra paz; el gusano roedor, ese enemigo cruel de nuestra tranquilidad, no se hará sentir más; gozareis del reposo de una buena conciencia. Acá, en el mundo, somos los esclavos del terror: todo el tiempo de nuestra vida nos parece caminar siempre entre millares de enemigos, que tienen la

espada levantada contra nosotros. Tememos la malicia de los unos y la perfidia de los otros; la muerte, el juicio y el infierno. ¡Cuán justos motivos de terror! En el cielo todos serán disipados: el Señor es el defensor de los misericordiosos. ¿Quién podrá hacerles temblar? Sus misericordias los han conducido al puerto de la salvacion, y ellos las cantarán eternamente, las publicarán y exaltarán por los siglos de los siglos. Obras de misericordia, exclamarán, ¡qué agradable es vuestra memoria! Vosotras sois las que nos habeis puesto en posesion de la felicidad eterna.

Bienaventurados, prosigue Jesucristo, *los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios*. Los que trabajan día y noche en despegar su corazon de todo afecto al mundo; que le purifican con cuidado de todas las suciedades que contrae en el comercio y contacto de las criaturas; que le defienden contra los asaltos de las malas imaginaciones, y que consagran todos sus sentidos y potencias al Señor, son los únicamente dignos de entrar en las confianzas de Dios. Estos hombres, que hayan consagrado de este modo su corazon á Dios sobre la tierra, gozarán de la felicidad de verle en el cielo. Verán la unidad de Dios, y la trinidad de las personas en la unidad de esencia; verán á Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre; verán de qué manera el Verbo de Dios, encarnado en el tiempo, permanece en el seno del Padre, que eternamente lo engendra, en su humanidad glorificada, á la que inseparablemente está unido, y en la Eucaristia para la santificacion de las almas. Conocerán las cosas mas difíciles; el pecado original y su herencia; la economía de los sacramentos y su eficacia; la perfeccion de la ley y sus motivos; los grandes arcanos de la vocacion de los gentiles, de la reprobacion de los judios, de la tolerancia del error y de la propagacion sucesiva de la verdad. Conocerán las causas de los fenómenos naturales; todas las leyes que Dios impuso á la materia; la naturaleza íntima de las cosas; sus causas recónditas, sus propiedades, sus virtudes, sus fuerzas, sus efectos, sus relaciones, mediante las cuales entre sí dependen, se enlazan y se unen íntimamente en un todo único, constituyendo la prodigiosa armonia del universo. ¡Qué dicha, qué gloria! En un solo instante sabrán mas de lo que supieron los hombres juntos de todas las edades, instruidos en todo sin ayuda de maestro, sabedores de todo sin trabajo ni aplicacion, deduciendo sin racionio las consecuencias mas lejanas de los principios mas elevados; porque leyendo con toda facilidad en el gran libro de la sabiduria de Dios, abarcarán todas las verdades. ¡Dios mio! cuando yo hago estas reflexiones, ¡qué triste es para mí el lugar de mi destierro! ¡qué fúnebre es para mi alma la

morada de la ignorancia y del error! Solo viéndoos cara á cara puedo ser feliz. Pero, mi corazon ¿es bastante puro para veros algun dia? ¿Está tan libre del amor del mundo, que merezca ser lleno de vos mismo? ¿Está bastante desembarazado de los bienes y de los placeres del mundo, para merecer estar unido á vos en la série de los siglos? ¡Terrible y espantoso pensamiento! Escudriño mi corazon, y hallo en él mil ligaduras á esta tierra infeliz, mil pasiones bastardas, mil deseos, que no van acordes con la santa ley del Señor. Dios mio, limpiad mi corazon, para que sea digno de veros en el cielo.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Hé aquí el séptimo medio para alcanzar la bienaventuranza; procurar establecer una paz sólida dentro de nosotros mismos, y mantenerla con el prójimo. Para establecer una paz sólida dentro de nosotros, es necesario introducirla en el entendimiento y en el corazon. La paz del corazon necesariamente supone la del entendimiento, y la del entendimiento no puede ser constante sin la del corazon. Luego es necesario pacificar el entendimiento, desterrando de él todas las inquietudes que puede tener en el exámen de la verdad; y pacificar el corazon, arrancando de él los deseos que le atormentan. Mas ¿por qué camino podremos conseguir esto? Nuestro entendimiento jamás estará sosegado mientras la razon le gobierne. Se necesita una cosa firme, que detenga su curiosidad; una cosa cierta, que remedie sus inconstancias; una cosa infalible, que corrija sus errores. Estas tres cualidades son propias de la fe: ella ciñe la razon, reduciéndola á solo este principio: Dios lo ha dicho, y Jesucristo, sabiduria de Dios, es el que lo declaró; ella remedia las inconstancias del entendimiento, pues le dispone de tal suerte, que primero renunciaria toda la luz de la naturaleza y todo el conocimiento de los sentidos, que dejar de creer lo que cree: ella, en fin, asegura nuestra razon contra el error y la mentira, porque es tan infalible como Dios, no solo en sí misma, por estar fundada inmediatamente en la autoridad y revelacion divina, sino que lo es tambien respecto de nosotros; pues nos aplica esta revelacion por medio de unas reglas tan santas, que si por imposible nos engañásemos, fueran á cuenta del mismo Dios nuestros yerros. Nuestro corazon no tendrá jamás tranquilidad ni sosiego mientras no reine en él la ley divina. Dios es el sumo bien, nuestra bienaventuranza, nuestro último fin, y, por consiguiente, centro de nuestro corazon; es preciso pues, que esté unido con Dios; y esta union no puede hacerse en la vida presente sino por medio de una sujecion voluntaria á su santa ley. Cuando un elemento está fuera de su centro, aunque esté en otro lugar, al parecer mas gustoso, sufre violencia. Pues tal es el estado

de nuestro corazon, cuando por la culpa se ha separado de Dios. Por el contrario, cuando está sujeto y obediente á la ley de Dios, domina sus pasiones, es rey de sí mismo, la paz de Dios reina en él, ó, por mejor decir, el mismo Dios, segun la sentencia de S. Pablo, es su paz: *Ipse est pax nostra*, EPHES. II, 14. Entonces, como no hay en él los movimientos de ira, las envidias, las sospechas, los ódios, las altiveces y desazones, que son como la semilla de la division y discordia, mantiene la paz con todo el mundo, aun con los que no quieren mantenerla. ¡Dichosos, pues, los que cautivan su entendimiento en obsequio de la fe, y están perfectamente sujetos á la ley divina! no solamente conseguirán la paz, sino la abundancia de la paz. Serán llenos de gozo, dice el Profeta, por la abundancia de paz: *Delectabuntur in multitudine pacis*, PSALM. XXXVI, 11. Amemos, hermanos míos, la paz; procuremos mantener con todos la paz; seamos verdaderamente pacíficos, y, de este modo, seremos no solamente las imágenes, los siervos y los amigos de Dios; seremos sus hijos predilectos. Dios será todo en nosotros, y nosotros seremos todo en Dios. Seremos como divinizados y deificados, por la participacion de la naturaleza divina y de la eterna caridad.

Bienaventurados, concluye el Salvador, *los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos*; esto es, bienaventurados los que sufren toda suerte de malos tratamientos: en su honor, por las injurias; en su cuerpo, por la persecucion; en su reputacion, por la calumnia; y sufren todo esto, no por sostener error, no con desesperacion, no por ningun crimen condenado por las leyes, sino por la causa de la santa é incorruptible verdad, por no faltar á la fe, á la ley de Dios y á la virtud; en el espíritu de paciencia por el santo nombre del Señor. La virtud en todos tiempos ha sido perseguida; esta persecucion es tan antigua como el mundo. La malignidad del corazon humano no puede sufrir la inocencia; por esto el apóstol S. Pedro prevenia á los fieles, que no extrañasen como cosa nueva, el que se encendiese contra ellos el fuego de la persecucion. Las contradicciones son el carácter de las obras del Señor, y las persecuciones lo son de sus verdaderos siervos. El mundo no puede sufrir á los hombres llenos del espíritu de Dios, de una caridad pura y sobrenatural, de una intencion recta, que solo estudian en cumplir con su obligacion, que solo se ocupan en hacer el bien que pueden; por eso los persigue como persiguió á Jesucristo. Pero así como el Redentor, muriendo en la cruz, alcanzó, como hombre, los homenajes del cielo, de la tierra y de los abismos, del mismo modo los justos, que sufren con resignacion y alegría las calumnias, ultrajes y

malos tratamientos, por no faltar á sus deberes, alcanzan con esto su eterno gozo. Todos éstos serán otros tantos reyes; su reino es el reino mismo de Jesucristo.

Ved ahí, en pocas palabras, lo que nos ha de hacer verdaderamente dichosos en el infalible juicio de Jesucristo: la privacion de las riquezas y comodidades de la vida; un continuo sacrificio de sí mismo por la paz y la caridad; la afliccion y las lágrimas; el alivio de los desdichados y menesterosos; la inocencia del corazon; el abandono de los placeres de los sentidos, y las persecuciones y malos tratamientos por la causa de la verdad. Todos los que tienen un deseo sincero y verdadero del cielo, marchan por estos caminos. ¿Los seguís vosotros, hermanos míos? Si no los seguís, no teneis de la gloria sino deseos ineficaces y estériles. ¿Qué haceis cuando teneis un deseo verdadero de adquirir un bien? Pensais en él muchas veces, y vuestro pensamiento está acompañado siempre de un sentimiento de complacencia; os deja el último al acostaros, y se adelanta al despertaros; meditais de continuo los medios de conseguirle; y cuando descubris los que os parecen propios, los empleais con prontitud. Si tuvierais este deseo por el cielo, olvidaríais la tierra para no acordaros sino de él; cien veces al dia levantaríais los ojos hácia las santas montañas, y diríais: Este es para siempre el lugar de mi reposo: esta es mi morada, porque yo la he escogido. Hermanos míos; todos sentimos que hemos sido criados para ser dichosos; suspiremos, pues, por los bienes eternos, que son los solos que pueden hacernos sólidamente felices.